

LA QUINTA

ALEXANDER NOVOA CABRERA

A Margarita, donde estés.

*Estáis muertos.
Qué extraña manera de estarse muertos. Quienquiera diría no lo
Estáis. Pero, en verdad, estáis muertos, muertos.*

César Vallejo

*Sabedor de que no hay causas victoriosas, me gustan las causas perdidas:
estas exigen un alma entera, tanto en su derrota como en sus victorias pasajeras.*

Albert Camus

PRIMERA PARTE

Un silencio tenso y movedizo saturaba el ambiente, como si algo fuera a explotar de pronto. Todos los que merodeaban por los alrededores, al vivirla desde hacía años, conocían perfectamente la situación. Por eso, cuando se escucharon los primeros gritos e insultos a la distancia, la mayoría se dirigió hacia sus casas, apartándose de esa confluencia de calles hacia donde el barullo se aproximaba. Un par de minutos antes, se había visto a tres muchachos-primero uno y luego otros dos-correr veloces hacia el parque Triángulo para refugiarse, y entonces se intuyó que la tranquilidad daría paso a un boato confuso. Los menos rápidos en entender qué sucedía se refugiaron en la bodega que había a un lado de la calle. La dueña de esta tienda, que también vendía sándwiches en la pista, parecía no hacer caso del asunto y continuaba repartiendo los panes a sus últimos clientes, quienes la miraban a su vez con expresión angustiada, quizá dudando entre irse corriendo o permanecer hasta recibir aquello por lo que habían pagado. Los hijos de la señora la llamaban desde adentro con gestos espantosos, pero ella, que ahora desconectaba la radiograbadora y apagaba las luces de su carrito sandwichero, se conducía con total parsimonia. ¿Confiaba en salvar su mercancía o era una cuestión de dignidad? Sea como fuere, al ver que se demoraba, sus hijos no se contuvieron más y, yendo a su encuentro, la alzaron en vilo y la arrastraron hacia la bodega. Fue en ese instante cuando los grupos se hicieron visibles, uno en cada extremo del jirón Iquitos, la calle rectilínea que cortaba la confluencia de calles por la mitad. Las piedras no tardaron mucho en surcar los aires de un lado a otro, ágiles y certeras, dispuestas a herir. Los muchachos que venían desde el Triángulo zigzagueaban por la pista, con pasos raudos, agitando los brazos hacia arriba o golpeándose los pechos, desafiantes. Los de la parte contraria, que provenían de la avenida Perú, se pegaban a las fachadas de las casas. En tanto, los hijos de la bodeguera cerraban el portón de madera de la tienda. En el interior una docena de personas seguía la batalla a través de las ventanas.

Los primeros en llegar a la encrucijada de calles fueron los lugartenientes de La Quinta, la pandilla que había surgido del Triángulo, cuyo nombre aludía al número de esa zona del distrito de San Martín de Porres. Eran dos de los muchachos que habían pasado corriendo hacía unos minutos y que, esquivando las piedras con temeridad, se posicionaban en medio de la pista. Sus bocas proferían a voz en cuello insultos feroces, mientras sus cuerpos se bamboleaban en cortos semicírculos, al ritmo de un baile provocativo y ritual. Uno de ellos, el Chato, un muchacho de baja estatura y ropas anchas, alzó los ojos hacia los postes de luz eléctrica y, con las piedras que le llegaban desde la otra parte, rompió las bombillas. En el acto la encrucijada quedó flotando en la penumbra de un sueño. Solo las luces que bostezaban por detrás de algunas ventanas conferían a la calle un aspecto real. Por detrás

de los lugartenientes, un grupo de chiquillos lanzaba hacia el bando contrario, acompañadas de mentadas de madre, las piedras que habían traído consigo. Dos o tres de estos chicos se habían acercado al carrito de los sándwiches y metían a toda prisa en una bolsa las hamburguesas, las papitas fritas y las gaseosas. Al percatarse del asunto, la bodeguera no pudo resistirse y entreabrió el portón de madera para gritarles vándalos y malhechores, pero cuando ellos mostraron sus chavetas el portón volvió a cerrarse. Otros muchachos volcaron el carrito y empezaron a destruirlo, en medio de eufóricos chillidos. A este punto, las piedras que atravesaban el jirón Iquitos y acababan estrellándose contra los vidrios que encontraban en su camino, agregaban una música histórica a aquel estruendo de voces.

Durante ese tiempo, los de la avenida Perú, pandilla que se hacía llamar La Ciento Cinco, también en alusión a la zona de la que provenían, habían ganado terreno. A pocos instantes de producirse el encuentro frontal, se vio con claridad que superaban en número a sus rivales. Los recibió el segundo lugarteniente de La Quinta en haber llegado a la confluencia de calles, Cuchillo, que trasegaba de una mano a otra el panzudo cuchillo de cocina que siempre usaba. Uno de La Ciento Cinco osó aventársele y entonces el otro se echó hacia atrás y le pasó la hoja filuda por la cara. El muchacho se cogió la mejilla y con un grito aterrador destrozó la poca tranquilidad que aún conservaba la noche. Animado por la hazaña, Cuchillo volvió a moverse al ritmo del bailecito ritual y dirigió palabras de escarnio a sus enemigos.

-¡A ver, hijos de la gran puta!-decía, con los brazos al aire-, ¡quién es el próximo!

Más allá, el líder de La Quinta, Cara de Gato, se adelantó por fin al vivo de la batalla. Se había quedado rezagado, tratando de organizar a los más chiquillos, quienes se concentraban en la retaguardia. Apenas asomó su cuerpo alto y fornido y su cara de trazos felinos-los ojos achinados, los pómulos salientes, el labio superior abultado-los de La Ciento Cinco lo acogieron con una salva de piedras. Cara de Gato avanzó como si fuera inmune a estas o las espantara solo con su andar, y al cabo comenzó a derribar a sus rivales a son de puñetazos, furioso tal vez por este nuevo ataque contra su barrio. Algunos de ellos decidieron enfrentarlo con las chavetas en ristre. En ese momento, otro de sus lugartenientes, Leonardo, y tres de los chiquillos que cubrían las espaldas del líder abandonaron sus posiciones y se alejaron por la calle lateral a toda carrera. A nadie extrañó aquel movimiento, pues muchas veces de esta forma se daba la vuelta a la manzana para intentar sorprender a los enemigos por detrás, aunque en ese caso cuatro muchachos nunca habrían podido hacerlo como se esperaba. Cara de Gato se percató de que la iniciativa de Leonardo había dejado un flanco descubierto, y giró el cuerpo para defenderse de los que ahora pretendían embestirlo por allí. Para su buena suerte, otros chiquillos se colocaron a su lado y lo ayudaron a resistir el ataque. Poco a poco la masa compacta de sus rivales lograba que La Quinta retrocediera. Los únicos que no se replegaron fueron Cuchillo y

el Chato. Este último atacaba y se defendía con un nunchaku de madera, con el que había conseguido romper los dientes o abrirles tajos en las cabezas a tres o cuatro de sus antagonistas. Las piedras seguían cortando el aire, estrellándose contra las lunas y magullando los escasos automóviles estacionados por el jirón Iquitos. Ningún vecino asomaba la cara y solo de vez en cuando un grito anónimo que amenazaba con llamar a la policía se perdía en el fragor de la lucha.

Cuando parecía que a cierto punto La Ciento Cinco confinaría a La Quinta en el Triángulo-también el Chato y Cuchillo acabaron por retroceder-unos muchachos surgieron por un costado del parque y, con una lluvia de piedras, permitieron que la pandilla del barrio adelantara su posición. Entre ellos se veía a Bebe, el ex líder, que hería el suelo con sus botas militares; a Quemado, cuyo aspecto siniestro espantaba incluso a los más curtidos; y al Muerto, que se agitaba con descoordinación, seguramente drogado. Los chiquillos los observaban fascinados, como si aquellos fueran las violentas divinidades del mundo atroz en que les había tocado vivir. Hasta que, de pronto, un grupo de hombres, ajeno a las pandillas, arremetió contra la retaguardia de La Quinta. Estaban armados de palos y varas de goma, y los más pequeños, al ver la actitud belicosa de los que bien podían ser sus padres o abuelos, se dispersaron por el Triángulo. Entre los hombres se encontraban los vigilantes del parque, que se habían alejado minutos antes de la batalla para traer a los que ahora los ayudaban. Los chiquillos de La Quinta que caían en sus manos lloraban o gritaban, por las soberanas palizas con que eran inmovilizados. En medio de este caos, la banda de locos apestosos y mal trajeados que solía vagabundear por las calles de esa zona arrojaba piedras hacia todos lados, imitando a los pandilleros. De esta forma, lograron meterse al terreno que separaba de nuevo a ambos grupos, y los de La Quinta, que estaban empujando a los de La Ciento Cinco fuera de la encrucijada de calles, volvieron a perder terreno. Al percatarse del aniquilamiento de su retaguardia y calibrando quizá las desventajas de una lucha desigual, Cara de Gato ordenó la retirada. El único que al parecer no oyó la orden fue el Chato, quien volvía a agitar su nunchaku contra las cabezas que se ponían a su alcance. Cara de Gato le lanzó un silbido y solo en ese instante el otro retrocedió. Sin embargo, al mirar hacia la calle lateral, se detuvo. Allí un grupo de La Ciento Cinco le daba de patadas a Leonardo, que se retorció de dolor en el suelo. El Chato no dudó en ir a ayudarlo. Cara de Gato tampoco se quedó atrás. En el acto los que lo golpeaban se desentendieron de Leonardo y se abalanzaron contra los que venían. Algunos locos también se acercaron al lugar con quién sabía qué intenciones. Hasta el mismo Leonardo, al que por lo visto los golpes en realidad no lo habían afectado tanto, se irguió y caminó hacia los que volverían a enfrentarse. Así, pues, a los pocos segundos, en la esquina de esa calle lateral, se produjo un amontonamiento de cuerpos, en el que, debido a la oscuridad, no se distinguía bien quién era quién, mientras todos se enredaban, atacando y defendiéndose. Cara de Gato y el Chato vieron pasar cerca de ellos sendas chavetas afiladas, y por instinto estiraron los brazos con

las suyas. A este punto el caos fue mayor y no transcurriría mucho tiempo antes de que unos y otros empezaran a caer.

Su mirada de ojos fríos pasaba de sus bocas abiertas a sus cuerpos agitados por la risa, sin encontrar las respuestas a tantas preguntas: ¿Por qué estaba allí, por qué había vuelto a juntarse con ellos o por qué había llegado a ser su líder en el pasado? Si él no lo sabía, entonces quién. ¿Y los demás qué?, ¿cuáles serían los motivos de su adhesión? A fin de cuentas, nadie los obligaba. Frecuentaban el grupo porque así lo querían. ¿O no? Tal vez fuera la costumbre. O quizá el deseo de escapar de una existencia miserable, de la violencia que los circundaba, de ese anonimato en que vivían los pobres. O a lo mejor solo les gustaba divertirse, pasarla bien, y para eso no había nada como La Quinta. El parque Triángulo era un espacio de sombras desoladas, por donde sus amigos se deslizaban como perdidos en una dimensión intemporal, sin la menor preocupación por el futuro, ni siquiera por lo que harían al día siguiente. ¿Sus amigos? ¿Ahora los llamaba así? Sea lo que fuesen, durante el tiempo que permaneció fuera de Lima, sobre todo en cada enfrentamiento con los terroristas de Sendero, Bebe no dejó de pensar en ellos, qué estarían haciendo, adónde irían a tomar o cuántas veces habrían guerreado con los malditos de La Ciento Cinco. ¿No sería que añoraba esa clase de vida? De pronto, Cara de Gato le dio un empujón. “No te preocupes, carita de bebé, le dijo. Yo sé lo que hago”. Bebe miró otra vez a los lugartenientes, que estaban en torno a una banca, y una mueca de preocupación endureció su rostro marcado por los huequitos del acné. Una serie de botellas, huérfanas de licor, se alineaban a sus pies, confundándose a ratos con sus sombras. En el corto silencio que siguió a las enésimas carcajadas, se escuchó de nuevo la voz silbante del Chato. “Eso es, Dientona, decía. Raspa, raspa. ¡Qué rico!”. Los otros volvieron a desternillarse de risa, cuando para ser más ilustrativo el Chato se puso a meter y sacar de su boca la punta de una botella, frotándola con sus dientes delanteros. A un lado, el único que no disfrutaba con la broma era Quemado; a las justas si torcía los labios, al parecer insensible. Había engullido el trago de un sorbo, con dignidad, antes de pasarle la botella a Cuchillo. ¿Sufriría? De hecho. Cuando uno estaba enamorado, no había vuelta que darle. Por esa razón, Bebe consideraba que la actitud de sus compinches de aventuras era por decir lo menos cruel. Aunque también contraproducente. Quemado podía sacar su chaveta en un segundo y despanzurrar a los bromistas en otro. Cara de Gato consentía aquellas burlas, según decía, para bien de su lugarteniente. El actual líder de La Quinta creía que su sucesor no debía amar a una chica como la Dientona, que era la hembra del grupo, con la que todos se acostaban. Había sido así desde que ella tenía doce o trece años y empezara a frecuentarlos. Cara de Gato creía que de broma en broma Quemado se percataría de su error. Si fuera otra o él no fuera indicado como el reemplazo

natural de Cara de Gato, ni siquiera discutirían el asunto. Como futuro jefe, en cambio, la muchacha en que se fijara tenía que ser diferente, una que no propiciara el escarnio de sus subordinados. Se lo había dicho miles de veces, pero Quemado no entraba en razón. Desde que se interesara por ella hacía unos meses, la perseguía por todos lados: en el colegio la esperaba en la puerta de su salón, iba a buscarla a su casa cuando se emborrachaba y, si en ese mismo instante no estaba en el grupo de las mujeres, que tomaban en el otro extremo del parque, era porque Cara de Gato se lo había prohibido.

Bebe observaba ahora que, mientras los otros lugartenientes cogían las botellas vacías a sus pies para imitar los movimientos bucales del Chato, Quemado escupía al suelo y volvía a encender otro cigarrillo. A esas alturas, el ambiente se había enrarecido, como si el aire se hubiera condensado y fuera a estallar la pelea. A lo mejor Quemado no usaba su chaveta, sino la punta de una botella rota. ¿Llegarían al extremo de matarse unos a otros? Bebe no lo creía. Al fin y al cabo, pese a la ridícula situación en que se encontraba, Quemado había crecido y compartido tantas penas y alegrías con ellos. Además, había un vínculo indestructible que unía a los lugartenientes cuando el líder de La Quinta los elegía para que estuvieran a su lado y lo ayudaran a dirigir el grupo, no solo en su eterna lucha contra La Ciento Cinco, sino también en todas las acciones que se planificaran. Bebe recordaba haber tenido la misma relación con sus lugartenientes años atrás. De eso podían dar fe Cara de Gato y Quemado, que eran los únicos que quedaban de aquellos. Los otros habían muerto o estaban en la cárcel. Cuando Bebe abandonó La Quinta, al parecer cansado de la vida que llevaba-o tal vez no-, lo hizo movido por una imperiosa necesidad de cambiar aire, con la idea de desterrar la angustia que se restregaba en su pecho y que convirtió en insufrible cada decisión tomada durante sus últimos meses como líder. Había sido por el temor de verse en el futuro como miembro de alguna banda criminal, a donde los pandilleros como él iban a parar cuando dejaban sus grupos. Luego solo había dos caminos para zafarse del asunto: o preso o muerto. Si bien, mientras estuvo en La Quinta, nunca nadie lo denunció por haber acuchillado a sus rivales, ni tampoco estuvo cerca de morir, no esperó a que algo malo le sucediera para plantearse las cosas de esa manera tan realista. ¿Fue una decisión inteligente meterse al ejército apenas acabó el colegio, a la luz de lo que ahora le ocurría? Definitivamente no pensó en las consecuencias, tampoco habría podido preverlas.

Los lugartenientes volvieron a dejar las botellas en el piso, estremecidos aún por la risa. El Chato le lanzó una rápida mirada a Cara de Gato antes de continuar. “Entonces se me sentó encima y se puso a cabalgar”, dijo. Esta vez también mostró, mediante una mímica vulgar, agitando las manos hacia adelante y atrás, lo que Dientona había hecho con él en esa pendiente del río a donde iban a tomar. Bebe recordó que, cuando festejaron su ingreso al ejército, por más que no hubiera habido nada que festejar, pues eso significaba su alejamiento del grupo, la Dientona, animada por la Mamá, se le había acercado gateando por las piedras de esa orilla del río, y mientras los demás bebían o se

caían de borrachos lo llevó hasta el colchón desvencijado que usaban para esos casos, y se sumergió entre sus muslos. La mirada fría y calculadora de Bebe examinó la botella de licor que sostenía en la mano, al tiempo que una gustosa excitación acometió su vientre, y por unos segundos visualizó la cara transfigurada de la Dientona: sus ojos alucinados, su boca acogedora, su lengua caliente.

Cara de Gato había encendido un cigarrillo con el pucho del que acababa de arrojar a la hierba irregular del parque. Bebe le alargó la botella. “¿No te parece ya demasiado?”, dijo, con su voz siempre ronca, apuntando con la quijada hacia la banca de los lugartenientes. Cara de Gato chasqueó la lengua, con un gesto vago, y apuró un trago del licor anaranjado. Al verlo bien, Bebe intuyó lo que sucedía. La expresión sufriente del líder de La Quinta era la misma que él había exhibido meses atrás, antes de abandonar el grupo. Sí, por más que Cara de Gato no se lo hubiera confesado a nadie, Bebe sabía que Quemado se convertiría en el nuevo jefe más pronto de lo que todos esperaban. Leía en el rostro del actual líder el hartazgo que le producía emborracharse sin razón, la incertidumbre de decidir, por ejemplo, un simple ataque a La Ciento Cinco, y hasta el aburrimiento mortal que le provocaban las burlas que escuchaba. ¿No le habían dicho que desertaba las veces en que los otros iban a robar? Además, como todos ahí, ese año Cara de Gato acababa el colegio y su papá lo presionaba para que consiguiera un trabajo. ¿Un tío suyo no tenía un taller de mecánica? Sea como fuere, la razón de tal apuro había que buscarla sobre todo en su relación con Luna, que era su enamorada desde hacía unos meses. De pronto, el cuerpo imponente del actual líder dio unos pasos hacia la banca de los lugartenientes y con un *carajo* atronador puso fin a la tortura. Los demás callaron al instante y Quemado movió su cara de piel arrugada hacia el cielo, como agradecido. Luego, Cara de Gato se lo llevó a un lado, arrastrándolo con facilidad, como si su lugarteniente fuera un muñeco de trapo, no sin antes ordenar a Bala y a Cuchillo que fueran a comprar más trago. Bebe se quedó solo en medio del Triángulo, bañado tenuemente por la luz lejana que rielaba desde los postes de Iquitos, pues en el parque no había ninguna bombilla intacta. Entonces el Chato se le aproximó, animado aún por la parodia de su encuentro fugaz con la Dientona. “¿Y, Bebe?, dijo, casi tambaleándose. ¿Tanto te hicieron sufrir esos malditos?”. Por más de que el Chato lo supiera, debido a las múltiples veces que lo había contado en los días previos, Bebe volvió a hacerle un veloz recuento de los hechos que había vivido durante esos seis meses en la sierra con el ejército: las enormes distancias que lo obligaban a correr y la infinidad de ejercicios físicos que realizaba; las ocasiones en que los metían a los ríos en plena madrugada a él y a sus compañeros; los incontables cuellos de pollos y gallinas que tuvo que romper con las manos, para que-según sus superiores-perdiera el miedo a matar; y así muchas otras vejaciones sin sentido. De lo que sí no quiso hablar fue de los enfrentamientos con los terroristas de Sendero.

A los pocos minutos, las figuras inciertas de Bala y Cuchillo regresaron con las botellas de

licor y unos sobres de jugo en polvo. A unos pasos, las formas casi hombrunas de la Machona se insinuaron en la penumbra, como las de una sombra mal dibujada. Cara de Gato y Quemado también se acercaron hasta donde Bebe y el Chato conversaban, a un costado del busto cobrizo del historiador, a quien los del grupo siempre habían pretendido decapitar y nunca pudieron. “No había de naranja, dijo Bala al llegar, agitando las bolsitas de los jugos por delante de sus lentes oscuros. Solo maracuyá. Está bien, ¿no? Para cambiar”. Bebe pasó por su lado e interceptó a la Machona, agarrándola por el cuello. No soportaba que ninguna mujer, mucho menos una que no se les había sometido en el río, pretendiera estar con los lugartenientes cuando ellos se apartaban para tomar. “Este no es lugar para ti, *compadre*, dijo, arrastrándola, con una sonrisa burlona. Nadie te ha llamado”. La Machona trató de desprenderse. “A ti tampoco, huevón, dijo, la voz distorsionada. Siguieron forcejeando hasta que Cara de Gato los separó. Acto seguido, el líder le ordenó a la muchacha que regresara al grupo de mujeres, y ella se alejó, con aire ofendido. Luego, Cara de Gato se giró hacia Bebe y lo palmoteó en la espalda. “Ya pues, carajo, dijo. Hemos venido a celebrar tu regreso, no a pelear”.

Las nuevas botellas, a las que Cuchillo había metido el polvo de maracuyá y agitado con vehemencia, volvieron a circular. Bebe observó a Cara de Gato y a sus lugartenientes por unos momentos. ¿Eran tan aguerridos, tan valientes como parecían? ¿Le tendrían miedo a la muerte? ¿Serían capaces, por ejemplo, de servir en el ejército?, ¿de combatir a los malditos terroristas? A lo mejor eso de agarrarse a pedradas con La Ciento Cinco era lo único que les venía bien y no contaban con el valor suficiente para... Un ligero mareo se apoderó de su cabeza. Bebe conocía esa sensación. Era el inicio de aquel temblor inexplicable que sentía desde que volviera días atrás, y que le hacía girar el cuello a izquierda y derecha, para comprobar que no estuviera acorralado ni que fueran a dispararle. Respiró profundamente, intentando disimular la desazón, y solo poco a poco logró calmarse. A esas alturas, ya sabía por qué demonios estaba allí. ¿Acaso no era para olvidar lo que había vivido durante los enfrentamientos con los de Sendero? Los lugartenientes exhibían de nuevo la euforia de antes, la misma que Bebe intuía en la docena de chiquillos que tomaban junto al grupo de mujeres: se bamboleaban de un lado a otro, bailando canciones imaginarias, fingían peleas entre ellos para no aburrirse e insultaban a la distancia a los escasos transeúntes que aún caminaban a esas horas de la madrugada. Al cabo, una figura alta y encorvada, delgada como un palo, se aproximó al Triángulo con paso tranquilo, ignoró a los chiquillos, que lo recibieron como a un héroe, y se encaminó hacia donde estaban Bebe y los demás. “¿Qué nos traes, Muerto?”, dijo el Chato, sin poder contener la risa, como si hubiera identificado a una nueva víctima para sus burlas. El Muerto se había metido las manos en los bolsillos de su roto pantalón, y al extraerlas mostró unos paquetitos que todos conocían muy bien. “Algo para animarles la reunión, cojudos”, dijo.

Todos los que vivimos en torno al parque Triángulo, oficialmente conocido como Julio César Tello, conservamos un recuerdo muy intenso de aquellas épocas. En ese lugar jugamos pelota en las pistas, nos enamoramos o vimos correr a nuestros hijos por primera vez. Luego, con los años, algunos abandonamos esa zona de San Martín de Porres y, como siempre ocurre, perdimos contacto. Sin embargo, nunca olvidaremos a esas figuras siniestras que evolucionaron a nuestro lado en una suerte de universo paralelo e incomprensible para nosotros, a esos muchachos y muchachas que pertenecían a La Quinta. Para empezar no entendíamos qué diversión le encontraban a eso de tirar piedras o emborracharse y drogarse casi a diario. ¿Qué fines perseguían? ¿O solo vivían por vivir, como la mayoría de la gente? Ya se sabe que con ese estúpido discurso de que la vida es corta y por tanto hay que divertirse se pueden hacer muchas cosas sin sentido. De todas formas, jamás compartimos con ellos ese espacio común que era el Triángulo, un parque en efecto de forma triangular, pues cuando llegamos a la adolescencia o a la adultez ya no nos interesaba frecuentarlo y solo pasábamos por un lado para dirigirnos a nuestras casas. Otros, de niños, nunca los vimos y nuestros juegos transcurrieron en los columpios y los subibajas que había allí, juegos que, cuando tomaron posesión del lugar, los de La Quinta arrancaron de raíz una de esas noches en que, con litros de licor encima, les entraron los diablos azules. La mayoría de esos pandilleros habitaba a espaldas del Triángulo, en un jirón que se llamaba Callao. Esta calle, con sus casas de ladrillos o sin pintar, nacía en el mercado Santa Rosa, una extensa construcción de un solo piso y paredes rosadas- semejante a la vivienda que perteneciera a la santa en el centro de Lima-, donde en torno a un amplio patio, hacia el que confluían callejuelas internas, se apiñaban negocios de todo tipo. Nuestras familias iban a hacer las compras diarias allí y solo los fines de semana se aventuraban, junto a una muchedumbre que imposibilitaba el paso, por los meandros del San Antonio, un mercado de ambulantes que se hallaba en el otro extremo del jirón Callao, a unas cinco cuadras de distancia, en el cruce con la caótica avenida Perú, en esa zona conocida como La Ciento Cinco.

En el jirón Iquitos, que costaba el Triángulo y corría paralelo a Callao, y en las calles aledañas, vivíamos nosotros, hombres y mujeres que nos dedicábamos a estudiar o a trabajar. Como decíamos, salvo raras excepciones, nunca entramos en contacto con los de La Quinta. Tal vez ellos nos miraran con envidia-o tal vez no-porque si bien no éramos pudientes al menos nos vestíamos con decencia y poseíamos casas de colores tenues y acabados precisos. Además, cuando el Triángulo lucía su mejor cara-la hierba pareja, los árboles frondosos y las bancas enteras-nuestro barrio hubiera podido compararse con cualquiera de una zona bien. El jirón Iquitos también llegaba hasta la avenida Perú. Antes de atravesarla, tanto este como Callao bordeaban la Plaza de Armas del distrito, un inmenso parque que de parque tenía muy poco, pues era un terreno yermo, con una vegetación

moribunda. Hasta la Plaza de Armas llegaban los de La Ciento Cinco en su afán por reconocer a alguien de La Quinta o, cuando estaban borrachos o drogados, para asaltar a los pobres incautos que cruzaran por aquel lugar a altas horas de la noche. No se arriesgaban a ir con dirección al Triángulo, y si lo hacían era para vengar alguna afrenta de La Quinta o porque sus líderes no sabían matar el tiempo de otra forma que la de agarrarse a pedradas con sus rivales.

Dos edificios singulares colindaban con la plaza. El primero, que lo separaba de la avenida Perú, era una miserable posta médica, a la que había que entrar en pésimas condiciones de salud, para no arriesgarse a salir peor. Las paredes traseras de esta construcción rectangular daban a la plaza y estaban marcadas por alones de orines que despedían un dulce olor nauseabundo, capaz de cambiarles la expresión incluso a los menos asquientos. El segundo edificio era el de la iglesia Santa Cruz, que parecía ser el punto límite que ambos grupos no se atrevían a rebasar sin poner en peligro su incolumidad. Allí casi todos habíamos sido bautizados y, en algunos casos, hasta íbamos a misa los días domingos, arrastrados por nuestras madres o abuelas. La iglesia, rodeada por un cerco de rejas, tenía la forma de una botella abombada en la base. Nunca supimos por qué la construyeron así. Quizá fuera diseñada por un arquitecto al que le gustaba la ciencia ficción, porque de lejos, de no haber sido por la enorme cruz que la coronaba, a la iglesia se la hubiera podido confundir con una horripilante nave espacial.

Adentrándose por el jirón Iquitos, uno se encontraba después de dos cuadras con el Triángulo y, al cabo de tres más, con el río Rímac. En una época lejana, el Triángulo también había sido solo un terreno desolado, sin árboles ni bancas. Luego, gracias a la generosidad de ciertos vecinos, que se cuidaron muy bien de escribir sus nombres en el cemento de los asientos, como para que la posteridad los recordara-incluso resultaba curioso ver que el busto del historiador Julio César Tello tenía un parecido sospechoso con el principal benefactor-, el parque sería reconstruido. A lo mejor por eso, cada vez que a algunos de nosotros se nos ocurría atravesar el Triángulo, estos vecinos nos ponían malas caras o lanzaban hoscas gruñidos, mientras regaban los setos de las rosas o geranios, creyendo tal vez que, sin considerar nuestras vestimentas o actitudes diferentes, todos éramos unos benditos pandilleros, unos vándalos que queríamos destruir lo que tanto esfuerzo les había costado. Obviamente el suyo era un temor fundado, porque los de La Quinta reducirían a escombros aquellos jardines y bancas en más de una ocasión. Pero no nos adelantemos. Decíamos que el jirón Iquitos llegaba hasta el río Rímac o, para ser más exactos, hasta la barrera de cemento que los vecinos de la última cuadra habían construido por delante de la subida de tierra que conducía al río, para que nadie se introdujera por allí subrepticamente y aventara sus bolsas de basura a la pendiente, creando un muladar y una pestilencia difíciles de soportar. Esta situación se debía a que los camiones que tenían que recoger la basura pasaran por nuestra zona solo de forma esporádica. Por esa razón, algunos

ingeniosos, como lo es todo peruano cuando le suenan las tripas, se inventaron un trabajo que parecía rentable y cubría aquella necesidad: el de basurero ambulante. Bastaba reforzar con maderas los costados de un triciclo de carga y empezar a transitar por esas calles tocando una campanilla. Nosotros bajábamos y les entregábamos las bolsas de basura, junto a los billetes que pedían por el servicio.

Una cuadra más allá del Triángulo, volteando hacia la izquierda, se llegaba a un perímetro rectangular y de ladrillos. Al interior, había dos canchas de cemento en las que muchos jugábamos fulbito los fines de semana-con arcos de verdad y no de piedras como cuando se disputaban los partidos en la pista-, previo desembolso de dinero a los guardianes, una pareja a quienes rodeaban una infinidad de perros siempre hambrientos. En estas lozas deportivas también hacían Educación Física los alumnos del colegio nacional que estaba al lado, el 3033, donde por la tarde estudiaban casi todos los de La Quinta. Nosotros los veíamos siempre pasar por Iquitos a golpe de seis, cuando acababan sus clases y se dirigían a su barrio, mientras descansábamos luego de una ardua jornada de trabajo o hacíamos las tareas que nos dejaban en los colegios privados que frecuentábamos por la mañana.

Después de las canchas, continuando por ese jirón llamado Puno, se llegaba al local de Cruz de Mayo, un edificio de horripilante fachada de ladrillos pintados de verde, donde se realizaban toda clase de ceremonias, desde bautizos hasta fiestas con orquesta. Detrás de este y del colegio surgía un peculiar campo de fútbol, conocido como La Cancha de Navarro. Navarro era el apellido del viejo cascarrabias, alto y de bigotes, que la cuidaba, paseándose de una parte a otra, enfundado en unas botas de goma. Siempre se le veía regando la hierba de la cancha, pero o la tierra de San Martín de Porres era una tierra muerta o él no hacía nada en realidad, pues allí solo crecía hierba mala y para colmo a los costados. Años atrás se habían organizado en esa cancha algunos campeonatos de fútbol, pero por la época de la que estamos hablando, ya fuera por la crisis económica o la desidia con que vivíamos, a nadie le importaba llevar a cabo ningún evento deportivo. A un lado, se elevaba la alta pared trasera y de lunas rotas del 3033 y, en el otro, la subida de tierra por la que se accedía al río Rímac, aquí sin muros que lo impidieran. De niños íbamos hasta ese lugar a tirar piedras al agua sucia y violenta que venía a Lima desde la sierra durante las temporadas de lluvia, o a las ratas, cuando asomaban sus hocicos en los tiempos de sequía. En esa parte del río los basureros ambulantes se detenían para aventar a la pendiente, con desenfado y sin que ningún vecino se lo reclamara, puesto que por allí no vivían personas que les interesara el asunto, los apestosos contenidos de sus triciclos. Quienes sí hubieran podido oponerse eran los que habitaban en los huecos miserables que había en las laderas de la orilla opuesta, pero no decían nada porque, como se verá en algún momento de nuestro relato, no les convenía. Los de La Quinta también habían colonizado esa zona y, si uno se paseaba ciertos días por la cancha al anochecer, podía observar el extraño movimiento de sus sombras

evolucionando en la poca luz, y escuchar unos grititos de placer. En ese rincón del río dormían además la mayoría de los locos que inexplicablemente poblaban nuestro barrio y sus alrededores. Nunca vimos en otras calles de Lima tantos orates merodeando. A veces andaban solos y otras en grupo, siempre rotosos y malolientes, produciendo un miedo aterrador en las gentes que los veían. Recordamos entre otros al Loco Basura, que acarreaba tres o cuatro bolsas de inmundicia; al Loco Vidrio, que mostraba amenazante un pedazo afilado de ese material a quien pretendiera fastidiarlo; al Loco Tira-Piedra, que se creía un pandillero y que en más de una ocasión se le descubrió guerreando con La Quinta; pero, sobre todo, a la llamada Loca Caminante, Loca Gaseosa o Loca Vómito, que recorría grandes distancias, principalmente los jirones Iquitos y Callao, y que de repente daba media vuelta y desandaba sus pasos, aunque también, en medio de estas fatigas, entraba en una bodega y compraba una gaseosa de dos litros y tres o cuatro paquetes de galletas que después vomitaba en algún jardín de las inmediaciones. Eran presencias a las que nos acostumbramos poco a poco y que en sí no nos molestaban, a lo mejor porque durante esa época, en que había otros locos más peligrosos, los terroristas de Sendero Luminoso, que con sus bombas y asesinatos atemorizaban al país, creíamos que todos los males del mundo y todas las miserias humanas se habían puesto de acuerdo para coexistir en esa zona de San Martín de Porres.

Los gritos eufóricos despanzurraban el silencio de la noche, y en lo alto las nubes siempre plomizas de esta ciudad, y la garúa a punto de caer, de venirse abajo con unas fuerzas ridículas, y en tanto sus pisadas acometiendo el asfalto, frío y acogedor, qué otra cosa se podía hacer a esas horas, y a los lados las casas también silentes, replegadas con un miedo paralizador, y en las ventanas solo atisbos de sombras, y que no dijeran nada esos conchasumadres, porque si no les reventaban las lunas, y Bala que caminaba rezagado, y su boca llenándose de una música conocida, *la calle es una selva de cemento, y de fieras salvajes, ¡cómo no!*, y a su lado los chiquillos se movían contentos, cargados de adrenalina, a lo mejor querían probar de qué pasta estaban hechos, y en sus caras brillos de temeridad, o de algo semejante, el orgullo de arriesgar el pellejo, y Quemado, Cuchillo y los demás por delante, abriéndose paso en esa noche húmeda, escrutando la penumbra en busca de víctimas que sacrificar, alejándose del Triángulo por la treinta y cuatro de Tacna, y solo faltaban Bebe y Cara de Gato, pero este les dijo, nosotros nos vamos a tomar a otra parte, ustedes hagan lo que quieran, las palabras seguras, y por eso nadie reclamó, y arrastró a Bebe hacia el barrio, y el resto mirándose desconsolado, y solo la voz velada del Chato los despabiló, mierda, y ahora qué, y entonces todos giraron los cuellos hacia Quemado, y una mueca rara en su rostro de piel estirada, y las botellas vacías a sus pies, como cirios en adoración, y por detrás los chiquillos, anhelantes, desparramados sobre la

hierba del parque, y Quemado inclinando hacia ellos su cráneo de pelos escasos, pues vamos a la avenida Perú, carajo, y en la siguiente esquina Tacna voltearon a la izquierda y entraron en Veintisiete de Noviembre, una calle ancha que debía su nombre a la fecha de la única batalla que había ganado el Perú en la guerra con Chile, una de las pocas cosas que Bala sabía por las clases del colegio, y ahí solo las luces de las casas iluminaban la vía, y los focos del alumbrado público rotos, ¿habían sido ellos?, y los chiquillos que volvían a contarle a Bala sus hazañas en la última pelea con La Ciento Cinco, uno había acuchillado a un rival en la pierna, un segundo le había roto los vidrios de la puerta a una vieja cojuda que salió a gritarles que se largaran, un tercero había pintado en la pared de la iglesia Muera La Ciento Cinco, pero antes el cura calvo y de bigotes se había asomado por una puerta lateral, y Cuchillo mirándolo con odio, y una mano en el mango de su cuchillo, y a unos pasos la lluvia de piedras que empezó a caer, pues los malditos ya los esperaban en mitad de la plaza, y los chiquillos agitándose y sacando los pechos, quebrándose con actitud matonesca, ¿acaso querían ser los nuevos lugartenientes del grupo?, ¿tomaría uno de ellos el lugar de Cara de Gato en el futuro?, ¿serían conscientes de lo que significaba llevar esa vida?, aunque en Veintisiete de Noviembre tampoco se veía un alma, y en la vereda central los jardines donde las parejas se escondían para tocarse, y de tanto en tanto Cuchillo y el Muerto metían la cabeza entre las plantas o cruzaban la escuálida vegetación de parte a parte, gritando, ¿dónde estaban, arrechos de mierda?, ¿dónde?, y se reían a carcajadas, y el Chato y Quemado también, y a espaldas de Bala la Machona, y su cuerpo robusto y masculino en ansias, tal vez deseando que la llamaran, confiada porque Cara de Gato le permitía estar cerca de ellos, pero por qué su líder tenía que dejarlos, ¿sería cierto lo que se comentaba?, ¿que Luna...?, Bala no lo sabía, eso sí, decían que a todos les llegaba el momento de elegir, o ser decente o ser un criminal, no se podía seguir tirando piedras por la eternidad, y él ¿qué?, si no le gustaban ni el estudio ni el trabajo, *mira, mira, da la mano, en ella no tiene un callito, ese nunca ha trabajado, y siempre anda bien bonito*, aunque en su condición ¿de qué le serviría?, y su mamá diciéndole que dejara esa vida de bueno para nada, de inútil, y él que no podía, mamá, y ella lloraba, y sus hermanitos igual, y Bala se encogió de hombros, ¡bah!, en ese momento solo le interesaba conseguir algo de dinero y para eso estaba allí con sus amigos, y el viento trayendo al improviso a Veintisiete de Noviembre el olor descompuesto de la basura del río, y las copas de los árboles que comenzaron a moverse, y al ambiente se le fue su estado de quietud absurda, ¿era una alucinación suya o nadie se daba cuenta?, *en su mundo mujeres, fumada y caña, atracando vive Juanito Alimaña*, y más allá los chiquillos que festejaban la ocurrencia de Cuchillo, y este deslizándose de un jardín a otro, y en cada uno se detenía y se bajaba la bragueta, ¡ah!, dulce pichi para las parejitas arrechos, y al poco rato por fin la avenida Perú, pero allí tampoco la sombra de carros o personas, y solo los focos iluminaban mejor desde lo alto, y Bala viendo como siempre todo

oscuro a través de sus lentes de lunas negras, y en ambas veredas los sucios letreros de neón que parpadeaban con desidia sobre las cabezas, y en eso distinguieron un auto viniendo a lo lejos, y entonces el Muerto se echó en medio de la pista, y sus gritos feroces que rompían los oídos, ¡quería morir, carajo!, ¡que dejaran que el carro lo chancara!, y el Chato y Cuchillo trataron de levantarlo, que no fuera cojudo, compadre, ¿para eso le entraba a la coca?, y el otro pataleaba y pataleaba, ¡que no lo jodieran, mierdas!, aunque al final lo alzaron en vilo y lo depositaron a un lado de la pista, y el auto pasó raudo, y el claxon reventando la noche, y en el aire una sonora mentada de madre, y Bala sacudió sus hombros, ¿ah, sí?, pues nadie los insultaba y se iba tan tranquilo, y sacó las piedras de sus bolsillos, y los otros también, como si estuvieran conectados mentalmente, y se las tiraron al carro con feroces insultos, pero ninguna lo alcanzó, tal vez por la semioscuridad, o porque estaban más drogados de lo que pensaban, o tal vez porque Bala no tenía tanta puntería, no sabía más que correr, eso sí, rapidísimo, como una bala, no como la que llevaba en la cabeza, que de lo contrario ya lo habría matado, y los doctores diciendo que no le quedaba mucho tiempo, no, en cualquier momento el proyectil se mueve y adiós, y por eso quizá la continua confusión en su cabeza, ¿ves?, ¿para qué preocuparse por ser alguien, mamá?, ¿así qué sentido tiene construirse una vida?, sí, al carajo con todo, y su madre volviendo a llorar, y en ese instante el Chato se acercó a Quemado, y su enana figura tambaleándose, ¿y ahora adónde?, *dondequiera te espera lo peor*, y los chiquillos que querían ir al barrio de La Ciento Cinco, sí, les sacarían la mierda nuevamente, sí, sí, sí, la piel estirada de Quemado contrayéndose, y su cuerpo se giró hacia el lado contrario, de cara a la avenida Universitaria, ¿acaso no lo entendían, cojudos?, apenas hacía dos días que habían reventado a sus rivales, así no funcionaban las cosas, si los remataban después qué, contra quién lanzarían sus piedras, no, esa noche la emplearían para ganar algo de dinero, y el Chato lo agarró de un brazo, pero, Quemado, para allá estaba la Comisaría, y el cráneo casi pelado colocándosele a unos centímetros, ¿lo creía tan huevón como para llegar hasta ella?, y en el acto todos inflaron los pechos, y al andar movían las caderas en exagerado vaivén, los hombros adelante y atrás, los brazos sueltos y arbitrarios, y Bala se acomodó sus lentes oscuros, *la gente le teme, porque es de cuidado, pa' meterle mano hay que ser un bravo*, y el mundo velado por una capa tenue y uniforme, mejor así, y a los pocos segundos unas sombras se les aproximaron, inciertas, y ellos, con un reflejo instintivo, como motivados por una voz interior, extrajeron sus chavetas y se pegaron a las paredes, y los que venían se vislumbraban cada vez con más precisión por la vereda central, y las ebrias voces con que hablaban, y sus risas claras y confiadas, y de pronto Bala miró a sus amigos, y ellos se miraron entre sí, y sin decir palabra salieron de sus escondites y se lanzaron contra los otros, y en un inicio los de la vereda se quedaron estáticos, y luego, quizá comprendiéndolo, echaron a correr, aunque solo para alejarse unos metros, y los de La Quinta que los habían rodeado, solo eran cuatro los cojudos, y entonces cada lugarteniente cogió a su presa,

y Bala secundado por dos chiquillos empujó a un muchacho rollizo y de cabellos ondulados hasta el jardín de una casa, y la chaveta en su temblorosa garganta, *saca su cuchillo, sin preocupación*, tranquilo gordito, que se portara bien y no le iba a pasar nada, a ver, que se quitara las zapatillas, y el muchacho se descalzó de inmediato usando los pies, y los chiquillos que ya le metían las manos por todos lados, y al cabo Bala volteó el rostro y, a través de la penumbra, distinguió a los demás concentrados en sus propios trofeos, y el gordito que temblaba como hoja al viento, y Bala suavizó la presión que ejercía la chaveta, pero ¿qué le ocurría?, ¿acaso no había acuchillado a más de un maldito de La Ciento Cinco como para venir a ablandarse ahora?, ¿o le resultaba difícil ver de cerca a su víctima?, en el fragor de la batalla no ocurría así, y los cuchillazos eran simples tajos que uno daba a cuerpos anónimos, y de pronto se distrajo con la paliza que Quemado le propinaba al muchacho que le había tocado, y un puñete y otro, y una patada y otra, ¡qué cosa le había dicho, conchasumadre!, ¿había escuchado bien?, y los chiquillos al lado del Muerto desvistiendo a su presa, y Bala volvió a empujar al gordito, ¿qué estaba esperando, huevón?, que se fuera de una vez, ¿tenía miedo el lugarteniente de que le entraran las mismas ganas que a Quemado?, pero el muchacho se había quedado como hipnotizado por sus lentes oscuros, a lo mejor tratando de ver lo que había detrás, ¿unos ojos vacíos de emoción o piedad?, y Bala tuvo que cogerlo de las solapas, ¿era sordo o qué, huevón?, y al instante el otro se alejó, eso sí, sin dejar de mirar hacia atrás, como si no creyera tanta bondad o que podía escapar casi incólume de la situación, y entonces Bala se adelantó unos pasos y prorrumpió con cólera, ¡qué!, ¿acaso se había enamorado de él?, que se largara, gordo de mierda, o iba y lo cortaba, y luego bajó la cabeza, exhausto, ¿le había temblado la mano?, y a sus espaldas todos contaban ya el dinero recabado, y examinaban las casacas y las zapatillas, y los billetes se los entregaban al Chato, sonriendo, como extasiados, *aunque a todo el mundo le robó la plata, todos lo comentan, nadie lo delata*, y en ese instante las primeras gotas de la garúa empezaron a caer, y a la distancia distinguieron otras figuras viniendo hacia ellos, y sin pensarlo de nuevo volvieron a esconderse, insaciables otra vez.

El estrecho callejón se extiende por unos diez metros hacia el interior, rodeado de paredes de ladrillos pelados que se elevan altísimas a los costados. Allí, sin reparar en el poco espacio que tienen a su disposición, unos siete u ocho niños se enfrascan en un intrincado partido de fulbito. Corren, dan puntapiés a la pelota de plástico y gritan con un bullicio ensordecedor. Yo los observo por un rato desde el umbral de la puerta de calle, una plancha de lata agujereada, por la que se accede a un piso de losetas destruidas. Ellos no se dan cuenta de mi presencia y solo un momento después, cuando mi cuerpo fornido oscurece la luz del sol, se quedan mirándome, estáticos. Por unos segundos no saben qué hacer. Debe de ser esa aureola que nos circunda a los de La Quinta, ese halo de crueldad que

despedimos con cada movimiento. Hay, pues, en las miradas de estos niños lo que en todas las que nos escrutan: terror y deslumbramiento a la vez. Para atenuar la tensión, sonrío y me deslizo entre ellos. Sigán jugando, digo. Aun así, parece como si el hecho mismo de que esté aquí los desanimara, y entonces, sin pronunciar palabra, se escurren hacia la calle. ¿Sabrán que en un futuro quizá pasen a engrosar las filas de La Quinta? Si bien por ahora se nos corran, cuando empiecen a crecer la admiración por la vida que llevamos será mayor. Después de todo, ¿qué encuentran en sus casas? Peleas diarias de unos padres que ya no se aman o que tal vez los hayan abandonado, o que se emborrachan y los agarran a golpes por casi nada. ¿En dónde podrían refugiarse estos muchachos si no es en La Quinta? Allí serían considerados parte de una familia y escaparían de esa existencia miserable que les ha tocado vivir. Sin embargo, sea como fuere, sospecho que yo ya no estaré para verlo.

Unas voces femeninas me sacan de mis pensamientos. Camino hacia la puerta de vidrio que se halla al final del pasillo y pego mi oído a la ventana. Esos regalos no te los da nadie sin esperar nada a cambio, dice la madre de Luna. Vieja pendeja y convenida. ¡Ay, mamá!, dice Luna, con cierto hartazgo. ¡Qué pesada eres! No me malentiendas, hijita, vuelve a decir la madre. Yo estoy muy de acuerdo. Te lo repito: ese muchacho es una mina de oro. Y si él quiere... Total, tú ya vas a acabar el colegio. Tarde o temprano un marido lo tendrás que encontrar. Sonrío otra vez. Si supiera que su hija está tratando de convencerme para que abandone la vida de pandillero, no se molestaría en hacer tantos planes. A menos que pretenda que me enrole en una banda criminal para continuar dándoles plata. Pero ¿en verdad quiero dejar La Quinta? Antes ni siquiera lo hubiera pensado, solo desde que conocí a Luna mis perspectivas cambiaron. ¿Acaso no he causado ya tanto daño?, me pregunta ella, y yo recuerdo los rostros de los que he asaltado o acuchillado y me viene algo parecido al remordimiento. Que ni lo sepan mis lugartenientes. Para ellos no es más que una cuestión de edad, la transición hacia una nueva vida. A lo mejor creen que seguiré guerreando con ellos como invitado, al igual que Bebe. Aunque si lo pienso bien, no tendría por qué dudar de mi decisión: la sola imagen de ese muchacho al que yo... No, me digo, sacudiendo la cabeza. ¿De qué vale volver a pensar en eso? Al cabo, me animo a tocar por fin y, cuando la puerta se abre, veo en el marco la cara de Luna, que se enrojece poco a poco. Hasta se le cae de las manos el trapo de limpieza. La madre la empuja a un lado y adelanta sus brazos. ¡Cómo estás, hijo!, dice, haciéndome guiños, mientras recojo el trapo. Pasa. Estás en tu casa. Un minuto después, el rostro redondo de Luna recobra su blancura natural, esa suave luminosidad en la que se dibujan unas pecas borrosas. ¡Si supiera cuánto me muero por ella! Siempre recordaré el día que nos vimos por primera vez.

Ese tarde, hacía dos mese, yo estaba con los lugartenientes en la esquina de Tacna y Callao, matando el tiempo con una baraja de cartas. Creo que habíamos exagerado con el trago, porque había

más de cinco botellas de ron por el suelo, y en vez de hablar gritábamos como esos locos que se pasean por las calles del barrio. El bodeguero nos miraba con aire aburrido a través de la reja de su tienda. No puede quejarse el huevón, somos sus mejores clientes. Con el licor y los cigarrillos que le compramos ya tendría hasta para ser millonario. Decía que mis lugartenientes y yo estábamos enfrascados en la enésima partida de póquer, cuando en eso vimos un camión que venía hacia la esquina, procedente de la avenida Perú. Era un armatoste destartado que se deslizaba por el asfalto emitiendo un ruido infernal de fierros oxidados. Obviamente, nosotros empezamos a burlarnos. Oye, tío, le gritábamos al conductor, adónde vas con esa carcacha. Vamos, continúa, que por ahí de frente se llega al río. Si quieres te ayudamos a empujar. Luego, no bien superó la esquina, el camión se detuvo. Al instante, unos chiquillos saltaron a la pista, seguidos por una vieja con cara de pocos amigos y una muchacha, aunque delgada, de cuerpo quebradizo. No sé por qué me paré. A lo mejor era verdad eso del amor a primera vista. Lo cierto es que caminé hacia el camión como hipnotizado, creo que hasta pisé las cartas, porque los lugartenientes se quejaron, y ni siquiera les hice caso cuando me preguntaron adónde me dirigía, si todavía no habíamos terminado. Sin embargo, con la aparición de Luna en mi campo de visión, yo ya había acabado con ellos. Conforme fui acercándome, analizaba las formas de la muchacha, sus movimientos, sus gestos, como si intentara conocerla de antemano, y cuando sus ojos se fijaron en mí el mundo alrededor desapareció definitivamente. Su cuerpo grácil se esforzaba por arrastrar una enorme maleta. Puse mi mano en el asa, entre las suyas, y a pesar de la sorpresa Luna no las quitó, ni mucho menos se sobresaltó al ver que la doblaba en tamaño y grosor, como si hubiera esperado ese encuentro toda la vida. ¿Te ayudo?, le dije. Ella me lo agradeció y yo, levantando la maleta como si estuviera rellena de plumas, me colé por la puerta de metal del callejón.

La voz de la madre me trae de regreso al presente. ¿Quieres una limonada, hijo?, dice, con tono servil. Si se lo pidiera, la vieja sería capaz hasta de limpiarme los zapatos. No, señora, muchas gracias, digo. Bueno, me voy a comprar unas cositas y vuelvo, dice ahora ella, haciéndole una mueca de complicidad a su hija. Otro esfuerzo inútil. Luna y yo ya lo hemos decidido: cuando se termine el colegio, nos iremos a vivir juntos y tendremos hartos momentos de intimidad. A esas alturas, La Quinta no será en mi vida más que un vago recuerdo. Apenas la madre desaparece, Luna me mira y, achinando los ojos, me muestra la fina cadena de oro que ayer le dejé en su cama. Te pasas, dice, con palabras suavemente rabiosas. ¿Acaso no hemos hablado de esto? Sin pensarlo dos veces, me le acerco y cojo la cadena con delicadeza. No quiero ni preguntarte de dónde la has sacado, dice ella, permitiendo que se la coloque. Entonces no preguntes, digo. La abrazo y siento cómo sus formas delicadas se adhieren a mi pecho, clamando por las mías. Luego, Luna se desprende y dulcifica sus ojos claros. Está bien, dice. Total, dentro de poco todo acabará.